

---

Víctor Bravo Ahuja

---

*Una aproximación valorativa  
en torno  
a las CIENCIAS SOCIALES*

---

La discusión sobre la pretendida neutralidad axiológica de las ciencias sociales es una constante a partir de la sistematización del conocimiento de lo social.

En la década de los cincuenta, por ejemplo, y, en gran medida, gracias al auge económico de la posguerra, en la sociología norteamericana se reinicia la discusión en torno a una nueva lectura del empirismo puro. Pero nosotros sabemos que la neutralidad de ese pretendido objetivismo es una concepción ampliamente rebasada desde, por señalar un momento culminante de la Sociología, la reacción de Max Weber frente al positivismo de Durkheim.

Weber nos muestra, en efecto, el sentido necesario de la realización de los valores. Si no existe una sociedad libre de valores, la reflexión sobre lo social tampoco puede evitar esta relación. Puesto que la ciencia es un diálogo entre el sujeto cognoscente y el objeto, entre el sujeto y la realidad, aquél no puede sustraerse de una carga valorativa al desarrollar su reflexión sobre ésta.

Partimos, pues, del aserto siguiente: la discusión sobre la neutralidad axiológica y práctica de las ciencias sociales está superada. Para nosotros, entonces, es evidente que al realizar el análisis de su entorno las ciencias sociales parten de un momento valorativo. Ahora bien, puesto que la reflexión científica sobre lo social necesariamente se traduce en práctica

\* Secretario ejecutivo del Instituto de Administración Pública.

teorizada, en acción concreta, la pretendida neutralidad en el estudio de lo social se viene abajo.

Continuemos esta epistemología del conocimiento y recordemos a Kuhn. Recordemos las nociones de *ciencia normal* y de *ciencia extraordinaria*, y extrapolemos estos conceptos a la vida social haciéndolos corresponder a una situación de “evolución normal” y de crisis.

Pues bien, si nuestra primera afirmación sobre neutralidad axiológica y práctica de las ciencias sociales es cierta en lo general, su validez es aún más indiscutible en una sociedad en crisis. Después de todo, la historia del conocimiento de lo social nos enseña que los avances en la reflexión en torno a estos se han dado en épocas de crisis. Lo anterior es igualmente válido, lo mismo se trate de Platón, de Aristóteles, Marx, Durkheim o Weber.

Las ciencias sociales, es decir, sus nuevos paradigmas, surgen como reflexión sistemática y comprometida frente a la crisis. Sin embargo, es importante destacar que la reflexión frente a la crisis puede seguir direcciones diferentes.

Por un lado, empiezan a formarse ingenieros sociales partidarios de la defensa e incluso del restablecimiento del orden social conformado por la crisis. Son los comprometidos en la defensa del *ancien regime*, de todos los *anciennes regimes*.

Por otro lado, encontramos a aquellos que no buscan el restablecimiento de ese orden de cosas desaparecido ya a causa de la crisis. Son quienes, en expresión de Bordieus, intentan realizar, culminar, gracias a la crisis, una *ruptura epistemológica*; un *golpe de Estado teórico*, en palabras de Bachelard.

Frente a la crisis, gracias a ésta, las ciencias sociales avanzan. La crisis, pues, es un contexto de creación, de avance, para las ciencias sociales. Sea que pensemos con Durkheim en los hechos sociales como cosas, hechos sociales que ejercen una influencia sobre los individuos; sea que pensemos con Weber que las ciencias sociales no pueden terminarse más que cuando el destino humano mismo haya concluido, pues sería necesario que la humanidad perdiera su capacidad de creación para que la ciencia fuese definitiva.

La crisis es actual y recurrente. No empezó hoy, es un proceso que se repite y que nos enseña. Es por ello que, lejos de extrañarnos su existencia y recurrencia, debemos aprovecharla para avanzar en nuestra reflexión sobre lo social.

La crisis en México ofrece, pues, sin duda alguna, el contexto apropiado para que los científicos de lo social reafirmen su postura valorativa frente al entorno social, así como su concepción gnoseológica del mismo.

Ciertamente la crisis nacional, económica en su principio, tiene una

especificidad que la distingue de la crisis de otras economías dependientes. Pero es verdad también que la singularidad de nuestra crisis se inscribe en ese contexto amplio, común a la crisis que muestra sus efectos en Polonia o Brasil, en Cuba o en Chile. Particularidades distintas, cierto, pero signos indicadores todos ellos de una crisis que tiene rasgos comunes indiscutibles.

Ante la singularidad de la crisis, frente a *nuestra* crisis, ¿cuál debe ser la posición valorativa del científico de lo social?, ¿cuál su postura de conocimiento?

Puesto que debemos aprovechar la experiencia de las crisis anteriores, proponemos que el compromiso del científico social mexicano se de superando esquemas teóricos lineales, mecánicos que le impidan culminar su *ruptura epistemológica*. Afirmar su compromiso, pues, es la primera gran enseñanza que la crisis proporciona al científico social mexicano.

Existen, a nuestro parecer, tres niveles de compromiso. En primer lugar, el compromiso con los grandes núcleos de población que soportan con mayor rigor el peso de la crisis. No se trata desde luego de un compromiso con una entidad abstracta, invisible, informe, porque son mayorías perfectamente identificables e identificadas. Lo que es más, son precisamente esos grupos marginados del proceso de modernidad, víctimas de una modernidad que se revierte contra ellos, los que reclaman desde su angustia hasta ahora silenciosa ese compromiso tantas veces diferido. Por lo demás, compromiso necesario, pues el funcionamiento del sistema económico requiere, para superar sus crisis cíclicas, asociar a todos los agentes que juegan un rol en el proceso de producción, distribución y consumo.

Es por esto que el siguiente nivel supone garantizar un pacto social que permita la consecución de los escenarios prospectivos que den objeto al sujeto de ese aliento vital ni siquiera cuantificado en los términos de la modernidad. Segundo nivel de compromiso cuya necesidad ha sido ratificada por la experiencia de crisis anteriores en nuestro propio continente. El compromiso con un pacto social supone el diálogo con todos los interlocutores representativos a fin de asegurar la viabilidad del proyecto subyacente en la proposición valorativa.

El tercer nivel de compromiso debemos buscarlo a partir de la derrota de las utopías que convocaban a la confraternidad universal. Las guerras militares multinacionales de este siglo —como las pugnas económicas— han mostrado la vigencia, la capacidad movilizadora, del *nacionalismo*. Por tanto, ese tercer nivel de compromiso no puede menos que darse con la *nación*. Pues, ¿puede hoy hablarse de “nacional-chovinismo” para descalificar una teoría o una praxis? Hoy, ¿cuándo se protegen los mercados internos, se cierran las fronteras a la mano de obra inmigrante

o se requiere de la inversión extranjera para coadyuvar al crecimiento económico nacional?

El compromiso, así, tiene un espacio geográfico bien definido, tiene fronteras y es perfectamente identificable. Como la realidad de la *dependencia*, antaño conceptualmente escurridiza. Vinculado lo valorativo y lo gnoseológico, refirámonos ahora al objeto de conocimiento del científico de lo social en este espacio geográfico bien definido.

Salta a la vista la necesidad de abrir nuevos campos a su reflexión, o de analizar mejor, bajo una nueva luz aportada por la crisis, nuestras viejas áreas de estudio. Esto es, abordar los temas no de manera mecánica sino intentar una nueva teorización, una reconceptualización de los hechos, de las relaciones modificadas, que nos aporta la crisis.

Podríamos ir entonces de lo general a lo particular, de lo exógeno a lo endógeno. Así, tendríamos que repensar nuestras relaciones de dependencia, por ejemplo. Reformular teóricamente la inserción de México en una economía mundial que, dicen, lo condena fatalmente. Hoy, nuestra situación de economía periférica no requiere demasiadas elaboraciones conceptuales. El hilo que nos ata, la realidad de nuestra dependencia, es perfectamente cuantificable, es posible expresarla con una cifra redonda.

La afirmación del compromiso del científico de lo social podría materializarse, para los economistas, en la necesidad de repensar el sistema financiero internacional, una política económica para los países en vías de industrialización, las formas de superar la fase crítica del ciclo económico, etcétera.

Pero, frente a la crisis, ¿será válido conformarnos con la concepción partidaria, partidista?, ¿del fatalismo económico internacional, versión actualizada del determinismo económico nacional en su fase imperial? ¿No es, por tanto, urgente, imperativo, pensar, conceptualizar, el camino que, internamente, puede ayudarnos a superar la crisis, a vencerla en su vertiente económica? ¿O es que frente a la creciente pauperización de sus compatriotas el economista deberá felicitarse del “acierto” de las predicciones basadas en un paradigma decimonónico sin buscar esquemas explicativos alternativos que conduzcan a nuevas definiciones prácticas?

La crisis, por ejemplo, ha mostrado las insuficiencias o limitaciones de nuestro desarrollo industrial. Con respecto a nuestra producción agrícola ha modificado tendencias que hace quince años parecían permanentes. De exportadores de productos agrícolas hemos pasado a ser importadores. Pero ¿puede el estudioso de lo social regocijarse por ello?, ¿o es que la realidad plantea al economista un reto urgente de vencer?

Las afirmaciones anteriores son válidas también para conceptos eco-

nómicos como el de ejército industrial de reserva o de masa marginal. La economía informal requiere hoy de nuevos atisbos teóricos cuya capacidad explicativa pueda ayudarnos a conocer mejor esta realidad modificada por la crisis.

Realidad nueva llena de interrogantes para el sociólogo de la política. ¿Acaso la crisis no ha hecho emerger factores reales de poder hasta ahora latentes o adormecidos?, ¿o es que el estudioso de lo social puede dejar de percatarse, y de consignarlo en su reflexión escrita, que las relaciones de poder están siendo cambiadas en virtud de la crisis? ¿Puede alguien dudar que la base real de sustentación del poder formal del Estado se enfrenta a una modificación cualitativa?, ¿no está a la vista la emergencia de nuevos interlocutores en la sociedad política?

Negar lo sería volver a una interpretación mecánica, ahistórica, estructural, del rol del Estado. Repensar el Estado implica, por ejemplo, considerar la regionalización del poder del Estado, Tocqueville había dicho que la descentralización no es un rasgo ni necesario ni suficiente para calificar como democrático a un sistema político, pero señalaba también que no puede haber verdadera democracia en una sociedad dirigida solamente por una burocracia central. El poder, entonces, ¿se descentraliza, se pulveriza o se comparte en un espacio geográfico? He aquí nuevos temas de reflexión para el estudioso de lo social.

En fin, permítanme encauzar el tema del Estado hacia un campo al que me acerca mi actividad profesional, la Administración Pública.

Si nos referimos al aspecto valorativo, la crisis ha puesto en evidencia que la administración pública es también una arena —un terreno privilegiado— donde se manifiestan los conflictos sociales. De tal suerte, el administrador público se ve en la necesidad de tomar una posición, de expresar su compromiso, frente a la problemática social.

La neutralidad de la Administración Pública como disciplina científica, y de la administración pública como práctica teorizada, no existe. No es posible mantener una visión taylorista de la Administración Pública, es decir, una concepción mecánica del racionalismo que explique a ésta como una simple relación entre medios y fines: el medio, la administración pública, el fin, una pretendida modernización.

La crisis nos enseña a los administradores públicos la necesidad de construir nuevos esquemas explicativos que fundamenten nuestra acción y, al tiempo, la urgencia de crear una tecnología administrativa propia para enfrentar la crisis, para hacer viables nuestros escenarios prospectivos. Esquemas de innovación administrativa que se apoyen en un esquema valorativo para garantizar no sólo mayor eficiencia sino mayor eficacia de la administración pública, a fin de lograr con ello acercar nuevamente los aparatos públicos al administrado, es decir, reanudar el

enlace entre la sociedad civil y la sociedad política.

Desde luego, lo anterior no quiere decir que la administración pública, innovadora o no, prospectiva o no, represente *toda* la sociedad política. La administración pública es sólo una fracción de la sociedad política. Pero su homogeneidad supuesta, sus relaciones jerárquicas continuas, sus sistemas e instrumentos, hacen también de esta disciplina una arena privilegiada para la prospectiva.

La crisis nos pone delante, pues, dos momentos de la Administración Pública. El primero, tendiente a crear y recrear nuestra postura valorativa; el segundo, nos impone la búsqueda de nuevos instrumentos cognitivos.

La reflexión sobre la praxis y práctica teorizada nos muestra que no bastan los esquemas racionalistas de medio-fin para concretar una administración pública eficiente y eficaz para el logro de los escenarios prospectivos, para la realización de lo que proponemos llamar una *administración pública prospectiva* que integre lo político. Es decir, una administración pública que inscriba en el contexto del administrado: del usuario de servicios públicos, contribuyente, elector. Se debe considerar, pues, que nuestro objeto de estudio no es una formación supraestructural pasiva sino una expresión dinámica del conflicto social.

En este contexto, parecería extraño pensar en un coloquio donde los estudiosos de lo social se interroguen sobre el rol a jugar por sus diversas disciplinas en un periodo de crisis. Pero surgen siempre fantasmas que pretenden inducir a pensar que la crisis puede ser superada con base en acciones puntuales que respondan a concepciones puntuales, lineales, mecánicas, reductoras, de la realidad. Esos fantasmas han existido en todos los lugares y en todas las épocas. Intentan impedir avanzar, pretenden impedir la culminación de nuevas rupturas epistemológicas. Destruir esos fantasmas debe ser una misión incesante.